

CCP: la larga marcha por la tierra y el poder

Carlos Iván Degregori

Los campesinos han roto siglos de marginación y se organizan a nivel nacional en la Confederación Campesina del Perú. Al final la victoria será de ellos.

Primero fueron llamados indígenas, luego a algún presidente se le ocurrió que el término era peyorativo —en realidad, siglos de mal uso lo habían vuelto un insulto— y propuso que se les llame campesinos. Hoy, la nueva Ley Agraria propone denominarlos simplemente "productores agrarios". Pero ocultas o disimuladas tras uno u otro nombre, están las poblaciones rurales empobrecidas, los descendientes de los pueblos andinos mezclados, aculturados pero siempre y todavía profundamente enraizados en esta tierra.

"DICEN QUE SOMOS EL ATRASO"

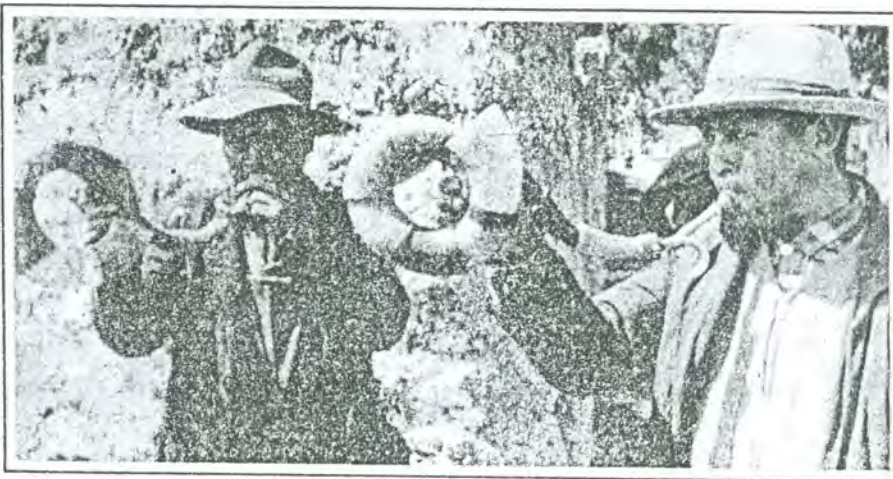
Los tiempos indudablemente han cambiado, pero en el fondo, las clases dominantes conservan en buena parte la misma actitud colonial de menosprecio visceral por el campesino, especialmente si es indígena quechua o aymara. "Indio bruto", "cholo de mierda", son más que insultos, modos de designar a millones de peruanos.

Un profundo racismo se enraza malsanamente como kilyuc en nuestra cultura, envenenándola. Desde las sirvientas "cholas" derribándose bajo el sol de Ancón o Santa María con su maldad blanca en medio de la arena y en pleno febrero, hasta algún presidente o cierta Primera Dama, despreciados por cholos, motosos y considerados a pesar de todo usurpadores.

Todavía, a las puertas del tercer milenio, seguimos siendo un país donde todos quieren correr para el lado más blanco de la escala racial, "mejorar la raza". Parafraseando a González Prada, somos todavía un país-escalera donde el que va debajo —más oscuro— va besando las posaderas del que va más arriba y pateando las ruedas del que viene atrás.

Para los indígenas no hay derechos humanos, que lo digan sino los habitantes de Vischongo o Colcabamba. No existe prácticamente ciudadanía. El derecho al voto lo arrancó la izquierda recién en 1979, a los 158 años de vida republicana.

Para muchos, el indio sigue siendo una desgracia nacional. Todavía a principios de siglo se presentaba en el Parlamento un "proyecto de ley para el exterminio de la raza aborígen", y en los años 30, el filósofo y pedagogo Alejandro O. Deustua podía afirmar: "el indio es una máquina, basta enseñarle los hábitos de higiene de que carece y protegerlo de cualquier explotador".



LA LARGA MARCHA CAMPESINA

Por su parte, para el campesinado la historia ha sido una sucesión de estallidos sangrientos y luego la paz de los sepulcros. Incesantemente, cada cierto tiempo se levantaban contra la opresión. Pero desde Manco II a Túpac Amaru y Kumi Maki, los grandes movimientos —salvo la solitaria toma de Huaraz por Atusparia— se estrellaron contra los muros impenetrables de la ciudad.

Pero en las últimas décadas, el capitalismo actuando a su pesar como Caballo de Troya, los fue introduciendo subrepticamente y cada vez en mayor número en las urbes.

El país se transformó sin solucionar el problema campesino. Vinieron entonces nuevas oleadas de levantamientos, pero esta vez la situación había cambiado. Los campesinos indígenas y mestizos habían asimilado muchas enseñanzas en las ciudades y comenzaron a combinar el sindicato urbano con la vieja comunidad indígena; las huelgas, olla comunes y marchas de sacrificio obreras, con las tomas de tierras.

Y comenzaron a romper el aislamiento. Desaparecidas o resquebrajadas las viejas identidades étnicas, limitado muchas veces el mun-

do campesino por las piras que delimitaban sus chacras, las organizaciones campesinas habían sido efímeras y localizadas. Pero el mercado, como araña suicida, comenzó a tejer una tela que fue vinculando cada vez más a los campesinos antes aislados, atrápidolos en su red pegajosa pero quedando a su vez cercado por una tupida red de organizaciones que comenzaron a surgir por todas partes.

CCP: CON P. DE PATRIA

En 1974, la Confederación Campesina del Perú se reorganiza con sólo 7 federaciones base. Eran los años de la gran ofensiva del gobierno en el campo. Sin ningún tipo de facilidades y más bien con la hostilidad oficial cuando no la represión pisándole los talones, la CCP se fue asentando en diversos sectores campesinos. Su solo crecimiento revelaba los límites de la Reforma Agraria.

El V Congreso de la CCP realizado en Chacán (Cusco) en 1979 marcó quizás el punto más alto de organización alcanzado por el campesinado peruano hasta el momento. En Chacán, la CCP fue lugar de encuentro, crisol y catalizador de "todas las sangres" que habitaban el campo peruano. Chacán fue también un momento muy alto en la forja de

una identidad nacional.

Mil quinientos delegados de costa, sierra y selva se encontraron, muchos de ellos por primera vez, y se confundieron bajo las banderas de la CCP y los partidos de izquierda.

Chacán fue un chispazo de luz de lo que puede ser el campo en una sociedad democrática y popular. Los campesinos organizados, libres, con su guardia campesina vigilando el orden. El debate —a veces encarnizado— pero al final la unidad. Mil quinientos delegados pidiéndole a un jefe campo que se expresaba en castellano con un acento que sonaba a japonés, que hable en su lengua. El jefe negándose hasta acceder finalmente y dirigirse al auditorio en un *ashaninka* que nadie entendía, pero todos arrancaban en un aplauso que reflejaba algo de sorpresa ante lo exótico, pero a la vez le comunicaba: "eres uno de los nuestros, tienes también un lugar entre nosotros", rompiendo de esta forma con siglos de marginación.

Para muchos delegados costeños fue ver por primera vez a los serranos en su propio ambiente, altivos y alegres, en las antipodas del cliché. Y sentir por primera vez la fuerza del quechua, mayoritario en el evento, pasando de la indiferencia o el desprecio in-

culcados, en el pueblo costeño por la situación colonial, a la admiración y a la fraternidad.

Al final, el intercambio de tokapus campos por sombreros alones de Catacaos, las fotos colectivas, los cantos y las marchas indicaban que algo nuevo surgía, que la identificación con la CCP era para muchos una nueva e importante forma de identificación con el Perú.

Después de Chacán, realizado en pleno auge de las tomas de tierra en Cusco, las luchas campesinas han entrado en relativo reflujo. Pero la CCP ha continuado avanzando, ampliando su base social de los comuneros pobres serranos a los proletarios agrícolas y comités de productores de la costa y a los colonos y nativos de la selva.

El domingo pasado tuvo lugar su II Consejo Nacional en San Pedro de Casta (Huarochiri), tierra adoptiva de Rosa Alarco. Mostrando el orgullo reencontrado con su propia cultura, los comuneros recibieron a los delegados con canciones y bailes de la Fiesta del Agua.

La reunión tuvo dos objetivos centrales: enfrentar la nueva política agraria del régimen y, para ello, lograr la unidad total del campesinado.

UNIDAD CONTRA LAS TRANSNACIONALES

El Decreto Legislativo No. 2, de Promoción y Desarrollo Agrario, abre de par en par las puertas del agro al capital nacional y sobre todo extranjero. El Estado se retira del campo, no para aflojar la opresión sobre amplios sectores, sino más bien para cederle el paso a la voracidad de los grandes capitalistas.

Para enfrentar con éxito esta nueva amenaza en una guerra que ya dura siglos, la CCP ha acordado por unanimidad dos medidas fundamentales: llamar a la CNA a un Congreso Extraordinario de Unificación del Campesinado Peruano a realizarse en octubre, y afiliarse a la CGTP para alcanzar la unidad de los pobres de la ciudad y el campo.

Mientras tanto, el gobierno, en la vieja tradición de los conquistadores, se niega empecinadamente a reconocer a las organizaciones campesinas. Pero en este nuevo capítulo de su larga marcha por la dignidad, el campesinado cuenta con nuevos y poderosos instrumentos. Una nueva conciencia, una organización nacional a punto de fortalecerse sustancialmente y el apoyo de todo el movimiento popular y de la Izquierda Unida. Al final, la victoria será suya.